



## LAS AMÉRICAS Y LA CIVILIZACIÓN



Darcy Ribeiro

**Las Américas y la civilización  
Proceso de formación y causas del desarrollo  
desigual de los pueblos americanos**

Traducción de Eduardo Rinesi



EDICIONES **UNGS**



Universidad  
Nacional de  
General  
Sarmiento

---

Ribeiro, Darcy. Las Américas y la civilización : proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos / Darcy Ribeiro. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento ; Brasilia : Fundación Darcy Ribeiro, 2025.

614 p. ; 21 x 15 cm. - (Política, políticas y sociedad . Antropología de la civilización ; 2)

Traducción de: Eduardo Rinesi.

ISBN 978-987-630-795-6

1. Antropología. 2. Sociología. 3. Evolución Social. I. Rinesi, Eduardo, trad. II. Título.

CDD 301

---

Título original: *As Américas e a civilização. Processo de formação e causas do desenvolvimento desigual dos povos americanos*, 1ª ed.: Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1970.

## EDICIONES UNGS

© Fundación Darcy Ribeiro, 2025.

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025. Todos los derechos de esta edición reservados para el territorio de la República Argentina.

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX), Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507 - ediciones@campus.ungs.edu.ar - <http://ediciones.ungs.edu.ar>

### Serie Antropología de la Civilización

Director: Eduardo Rinesi

Diseño gráfico de la serie: Franco Peticaro

Diseño gráfico de tapas: Daniel Vidable

Traducción: Eduardo Rinesi

Tipografías:

**Rosario** / Diseñada por Héctor Gatti, Adobe Typekit & Omnibus-Type Team

**Andada** / Diseñada por Carolina Giovagnoli para Huerta Tipográfica

SIL Open Font License, 1.1

Impreso en DP Argentina S.A.

Tacuará 123 (C1071AAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,  
en el mes de abril de 2025.

Tirada: 150 ejemplares.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.



Libro  
Universitario  
Argentino

# Índice

Prólogo, por Andrés Kozel .....	11
Advertencia.....	25
Prefacio a la primera edición .....	27
Introducción: Las teorías del atraso y del progreso .....	33
I. Progreso y causalidad .....	40
II. Aceleración evolutiva y actualización histórica.....	50
III. Conciencia crítica y subdesarrollo.....	57
<b>Primera parte. La civilización occidental y nosotros</b>	
I. La expansión europea.....	67
1. El ciclo salvacionista .....	71
2. La Europa capitalista .....	77
3. La civilización policéntrica .....	82
4. La civilización emergente.....	89
II. La transfiguración cultural .....	95
1. Lo auténtico y lo espurio.....	95
2. Tipología étnico-nacional .....	104
3. Fusión y expansión de las matrices raciales .....	117
<b>Segunda parte. Los pueblos-testimonio</b>	
III. Los mesoamericanos .....	133
1. El México azteca-náhuatl .....	134
2. La reconstrucción étnica.....	141
3. La revolución mexicana .....	147

4. América Central.....	160
IV. Los andinos.....	169
1. El incario original.....	170
3. El legado hispánico.....	175
3. Revivalismo y revolución.....	185
4. La Bolivia revolucionaria.....	195
5. La revolución peruana .....	207

### **Tercera parte. Los pueblos nuevos**

V. Los brasileños.....	237
1. La protocélula Brasil .....	239
2. El orden oligárquico.....	255
3. La propiedad de la tierra .....	264
4. La reforma agraria.....	275
5. Modernización refleja .....	283
6. El dilema brasileño.....	294
VI. Los gran-colombianos .....	315
1. Literas para españoles .....	317
2. Irredentismo y emancipación .....	323
3. El Estado-cuartel.....	333
4. La vidriera yanqui .....	344
5. Sociología de la violencia.....	355
VII. Los antillanos .....	367
1. Las plantaciones millonarias.....	368
2. Archipiélago de cuatro imperios .....	377
3. La América socialista.....	386
VIII. Los chilenos.....	399
1. Los neoraucaños.....	401
2. Chile del cobre y del salitre .....	410
3. La radicalización política.....	415
4. La vía chilena.....	418

## **Cuarta parte. Los pueblos trasplantados**

IX. Los angloamericanos.....	443
1. Los colonos del Norte.....	443
2. Los “padres fundadores”.....	450
3. La hazaña capitalista.....	460
4. Automatización y militarismo.....	466
5. Los guerreros del Apocalipsis.....	475
6. Los canadienses.....	483
X. Los rioplatenses.....	485
1. Los pueblos nuevos del Sur.....	486
2. Asunceños y misioneros.....	493
3. Gauchos y ladinos.....	500
4. El alud inmigratorio.....	508
5. Argentina bajo tutela.....	513
6. Uruguay: socialismo schumpeteriano.....	518

## **Quinta parte. Civilización y desarrollo**

XI. Modelos de desarrollo autónomo.....	533
1. Caminos autocráticos de industrialización.....	535
2. La vía socialista.....	540
XII. Patrones de atraso histórico.....	549
1. Configuraciones histórico-culturales y desarrollo.....	551
2. Balance mundial de la riqueza y de la pobreza.....	559
Notas.....	567
Bibliografía.....	579



# Prólogo

Andrés Kozel

Toda biblioteca latinoamericanista –real o imaginaria, ortodoxa o heterodoxa, mínima o ampliada– debiera lucir en un lugar central de sus anaqueles un ejemplar de *Las Américas y la civilización*, y lo mismo habría que decir de toda biblioteca de pensamiento contemporáneo con genuina vocación universalista. Por una razón simple y rotunda: se trata de una obra clásica, el núcleo de una lograda tentativa de reescribir la historia universal desde un espacio periférico, y no hay, por cierto, demasiadas tentativas así.

Transcurrido ya más de medio siglo desde su primera edición, una (re) visita fértil al libro solicita reponer coordenadas contextuales mínimas, ofrecer consideraciones sobre su localización dentro de la serie de la que forma parte, dar noticias sobre su ubicación en el itinerario del autor, esbozar apuntes sobre sus conexiones con tentativas de alcances parecidos, formular interrogaciones sobre su eventual vigencia. A cumplimentar, en la medida de lo posible, tales requerimientos dedico las líneas que siguen.

Al igual que *El proceso civilizatorio* –su antecesor directo–, *Las Américas...* es una obra pensada, escrita y publicada durante el exilio de su autor, un exilio tan accidentado como intelectualmente productivo. La historia es conocida; vale la pena recordar someramente sus trazos principales. Nacido en 1922, Darcy Ribeiro se formó como antropólogo y pasó varios años con distintas tribus brasileñas (1947-1956). Durante el gobierno de João Goulart (1961-1964) desempeñó altos cargos, entre ellos, el de rector-fundador de la Universidad de Brasilia, la nueva capital del país. Depuesto Goulart por el golpe de Estado del 1º de abril, varios funcionarios, entre quienes se contaban Darcy y el propio presidente, dejaron Brasil. Parece que por un momento se pensó que Buenos Aires fuera su lugar de destino; sin embargo, Darcy se instaló en Montevideo, donde residió durante un lustro. En ese tiempo trabajó en la Universidad de la República, donde dirigió, a instancias del rector Óscar

Maggiolo, un seminario sobre estructuras universitarias, ámbito en el cual se gestaron los materiales que integran el recordado volumen *A universidade necessária*, elaborado y dado a conocer en estricta sincronía con *Las Américas y la civilización*.

Darcy narró que, al llegar a Montevideo, se planteó escribir un libro sobre Brasil, buscando explicar(se) el golpe de Estado, el hecho de que, una vez más, la clase dominante “nos había vencido”. De acuerdo con su testimonio, escribió cientos de páginas que no se decidió a publicar. No lo hizo porque entrevió que una interpretación válida de la coyuntura debía inscribirse en una reflexión amplia sobre la formación de los pueblos americanos y las causas de su desarrollo desigual, y para eso era preciso “dar forma a un nuevo esquema del desarrollo humano, a una teoría general del proceso evolutivo”. Ése fue el origen de la serie de estudios de antropología de la civilización, en particular de los dos libros montevideanos, que son además los primeros: *El proceso civilizatorio* y *Las Américas y la civilización*. La salida de Darcy del Uruguay coincidió con el endurecimiento político asociado a la presidencia de Jorge Pacheco Areco. Darcy intentó retornar a Brasil –donde fue detenido y liberado– y, tras pasar por Venezuela y Chile, se instaló en el Perú de Velasco Alvarado.

Las fechas de composición y publicación de *Las Américas y la civilización* no son difíciles de establecer; tampoco hay dudas sobre su lugar en la pentalogía. El libro fue concebido en 1967 y concluido en 1968, justo después de *El proceso civilizatorio*, del cual es, según anticipamos, prolongación directa. Si *El proceso civilizatorio* contiene la teoría general del proceso evolutivo y el nuevo esquema del desarrollo humano, *Las Américas y la civilización* ofrece la reflexión amplia sobre la formación y las causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos.

*Las Américas...* se publicó por primera vez en 1969 por el Centro Editor de América Latina de Buenos Aires, en tres volúmenes traducidos por Renzo Pi Hugarte (discípulo uruguayo de Darcy). La edición brasileña vio la luz en 1970, bajo el sello *Civilização brasileira*.

Darcy introdujo modificaciones en el libro en dos oportunidades. La primera fue en 1972, cuando el CEAL publicó una nueva edición, en volumen único, revisada y ampliada de manera de poder integrar a la caracterización del panorama sociopolítico varios racimos de acontecimientos que, durante el intermezzo, habían tenido lugar en varios países, destacando Perú y Chile (justo en Santiago está datada la “Advertencia” que Darcy antepuso a la nueva edición). La segunda fue en 1977, cuando se publicó, por la editorial Vozes

de Río de Janeiro, la segunda edición brasileña y, también, por la editorial Extemporáneos de México, la tercera en castellano. La única modificación introducida por Darcy para estas ediciones de 1977 está en el capítulo V de la Tercera parte (“La vía chilena”), y tiene la finalidad de dar cuenta del golpe de Estado que puso fin a la experiencia de la Unidad Popular. En la medida que no está asimilada la caída del gobierno de Velasco Alvarado, cabe suponer que las versiones publicadas en 1977 habían sido “cerradas” por Darcy antes de mediados de 1975. La tercera edición en castellano vio la luz en 1985, de nuevo bajo el sello del CEAL, y no contiene modificaciones en comparación con la mexicana de 1977. En 1992, y tras una larga espera, la Biblioteca Ayacucho publicó la obra en su colección (vol. 180), con prólogo de María Elena Rodríguez Ozán y cronología/bibliografía y un ensayo epilodal a cargo de Mércio Pereira Gomes. Para la ocasión se hizo uso de la edición del CEAL de 1985, manteniéndose la traducción de Renzo Pi Hugarte.

La ampliación de 1972 nos interesa. En el “juego de las diferencias”, hay más matices entre las versiones de 1972 y 1967 que entre las de 1977 (habría que decir 1975, como muy tarde, por lo recién indicado) y 1972. En términos sociopolíticos, el lapso transcurrido entre 1967 y 1972 fue intensísimo; en 1972 ya gobernaban, en Perú, Juan Velasco Alvarado y, en Chile, Salvador Allende. El libro no sólo estaba literalmente “vivo”, era además un libro “de fuego”, y que el autor retocara sus contenidos de la forma en que lo hizo se nos aparece como algo comprensible y hasta necesario. La ampliación actualizadora aproxima notoriamente la segunda edición de *Las Américas y la civilización* a los contenidos de *El dilema de América Latina*, cuarto volumen de la serie, publicado en Santiago de Chile en 1971, y, también, a los textos que componen *La universidad nueva*, recopilación que vio la luz en 1973. En todo ese conjunto textual se detecta un estremecedor pulso de radicalización.

En una carta a Ángel Rama fechada en diciembre de 1977, Darcy decía que la edición mexicana estaba “debidamente revisada, actualizada y desradicalizada de algunas ilusiones guerrilleras de aquellos viejos tiempos nuestros del 68.”\* En mi interpretación, en esas líneas dirigidas a Rama hay un descuido cronológico o un *pentimento* que no hace honor a la verdad. En primer lugar, porque la comparación entre las ediciones no deja apreciar ninguna “desradicalización”; en segundo, porque el momento de mayor radicalización darcyano no parece situarse tanto en 1967-1968 como en 1972-1973: es precisamente allí donde vibra el Darcy más incandescentemente

\* Ribeiro Coelho, Haydée & Rocca, Pablo, *Diálogos latino-americanos. Correspondência entre Ángel Rama, Berta e Darcy Ribeiro*, São Paulo, Global, 2015, p. 95.

comprometido con el horizonte de la “revolución necesaria”, horizonte que entonces podía parecer más o menos próximo o inminente.

Los sustantivos “serie” y “pentalogía” no deben conducirnos a pensar que Darcy se hubiese planteado *ab initio* escribir los cinco volúmenes tal como más tarde han ido quedando “fijados” tanto por él mismo como por la crítica. Si se revisan con ánimo sistemático los prólogos, advertencias y notas de solapa y contraportada de las distintas ediciones de los volúmenes, se aprecia que los títulos proyectados y la composición de la serie “se fueron moviendo”. Vale la pena considerar el punto con cierto nivel de detalle.

Según vimos, la relación entre *El proceso...* y *Las Américas...* es directa y nítida. También cabe considerar a *El dilema...* como el corolario político de los dos primeros volúmenes, especialmente de *Las Américas...*, y allí interesa atender al despliegue concreto del pulso de radicalización aludido. No deja de resultar impresionante el sentido de la empresa: lo que Darcy se propuso fue ni más menos que reescribir la historia de la evolución humana para acceder a un ramillete de certidumbres que le permitieran orientarse en una coyuntura política incierta y caracterizada por una muy singular ebullición.

En cuanto a *Os indios...*, su inclusión como tercer volumen de la serie no parece haber sido algo completamente previsto al comienzo: aunque sus contenidos están evidentemente relacionados con los de las otras obras, es un libro que tiene una historia particular.

Finalmente, está el hecho de que la publicación del volumen que corona la serie –*O povo brasileiro*, el cual fue, de alguna manera y según sabemos, el primero que Darcy quiso escribir– fue precedida por varias tentativas, una de las cuales llegó a publicarse de manera parcial, justo en la época signada por el pulso de radicalización referido. En el “Prefacio” a dicha versión, titulada *Los brasileños. Teoría del Brasil* (1972, con un antecedente en 1969), Darcy cuenta que en aquel entonces concebía a *Los brasileños* como una obra en tres tomos: a *Teoría...* le seguirían *El Brasil rústico* y *El Brasil emergente*. Sin embargo, los dos últimos no se publicaron. Cerrando el “Prefacio” de *Los brasileños. Teoría del Brasil*, Darcy decía:

Cerraré con *Los brasileños*, mi serie de *Estudios de antropología de la civilización*. Mirando en conjunto los cinco libros que la componen me doy cuenta de la osadía de la tarea y de la temeridad que representó emprenderla [...] Mas, la tarea está casi terminada y tengo derecho a regocijarme. O, al menos, a sentirme libre de un encargo que nos ocupó, a mí y a mujer, Berta Ribeiro –a ella más que a mí– durante diez años seguidos, a lo largo de los cuales trabajamos sin descanso. Reconozco

que el fruto más importante de este esfuerzo — fue la maduración del autor. En cierta forma, recién ahora, por haber realizado esta tarea, me siento capacitado para acometerla con satisfacción.

De manera que hubo el plan, delineado *circa* 1965 en Montevideo, de escribir una serie de obras. La forma concreta en que dicho plan se plasmó se fue fraguando sobre la marcha; en 1972 Darcy podía decir que *casi* había logrado concretarlo: para entonces, los cinco libros de la serie ya podían ser mirados “en conjunto”. Lo denotado y connotado por el adverbio “casi” suscita preguntas estremecedoras. ¿Qué faltaba? ¿Por qué no pudo concluirlo sino hasta un cuarto de siglo después? Por supuesto, no hay por qué ver en las vacilaciones y en la inconclusión (o demorada conclusión) una anomalía o un defecto; antes bien, es una característica hasta cierto punto inevitable de un proyecto ambicioso e incluso desmesurado, que además fue concretándose mayormente en el exilio, condición que, también en el caso de Darcy, tuvo entre sus efectos, además de las turbulencias, la plena y definitiva latinoamericanización de su mirada.

Estas primeras comprobaciones interesan no sólo al historiador intelectual con pretensiones filológico-eruditas. Interesan, también, al teórico social que busca filiación, inspiración y herramientas en un clásico nuestro, entre otras cosas porque permiten percatarse hasta qué punto y de qué concretas maneras el andamiaje conceptual darcyano fue quedando marcado por la dinámica política: también en este caso, los vaivenes de entusiasmo/desasosiego y los pulsos de radicalización fueron dejando huellas en la elaboración teórica. No se exagera demasiado si se afirma que la suya es una teoría pensada para explicar(se) una derrota y que, justo en medio de su propia formulación, se implica en un nuevo pulso de radicalización con entusiasmo renovado y, me animo a decir, acrecido. Las susodichas comprobaciones interesan, además, al historiador del pensamiento y la cultura, dado que posibilitan asomarse al drama fascinante de la elaboración intelectual de una “crisis del tiempo” cuando ese nuevo pulso y entusiasmo se difuminan.

Veamos.

Si, tal como anticipé, para *circa* 1970 cabe hablar de un pulso de radicalización en Darcy —como si la dinámica de los procesos peruano y chileno hubiesen tenido por efecto “devolverle” la esperanza en la viabilidad de esas “reformas de base” que Goulart había intentado frustráneamente implementar—, a partir de 1973 parece adecuado hablar de un colapso de su “experiencia del tiempo”. Para decirlo con una elocuente expresión suya: pasó de la “revolución necesaria” (“las ilusiones de nuestros tiempos idos”) a la “pequeña

utopía”. Si bien la manera darcyana de procesar la implacable sucesión de derrotas políticas que le tocó vivir tiene rasgos que podrían considerarse “típicos”, presenta también notas características bastante marcadas; es, por eso, un territorio fascinante para el historiador de las ideas y la cultura.

A lo largo del tránsito que lo llevó de la revolución necesaria a la pequeña utopía, Darcy no abandonó por completo su talante optimista: Sin embargo, reformuló de manera ostensible sus términos, lo abemoló con interrogantes abisales, referidos especialmente al “largo plazo”, y lo pobló de pinceladas paródico-irónicas. Tampoco abandonó de manera explícita el andamiaje conceptual de la pentalogía –mayormente perfilado en *El proceso... y Las Américas...* (Nunca dijo algo así como: “olviden lo que escribí en años pasados”). No obstante, dada la centralidad de la cuestión de la temporalidad en toda elaboración teórica con los sentidos y alcances de la darcyana, es comprensible que hayan ido despuntando tensiones entre las textualizaciones del “segundo Darcy” y el andamiaje teórico del “primero”. Dejando aparte a *O povo brasileiro*, la tetralogía darcyana (o pentalogía al fin, si incluimos el tomo publicado de *Los brasileños*) queda ubicada por entero en la fase previa a la crisis de la experiencia de la temporalidad que venimos hipotetizando. La referencia es útil, sobre todo, para cotejar ese conjunto textual con el elaborado después del viraje, el cual ya no integra la serie (salvo *O povo...*), pero que alberga aportes significativos. También, para hacerse preguntas “contrafácticas”, del estilo: ¿qué aspectos de su andamiaje teórico habría debido revisar el “segundo” Darcy, si se hubiese dado a esa tarea?

Aunque el “segundo” Darcy no sintió la necesidad de proceder a la reformulación sistemática de dicho andamiaje teórico, sí desplegó una serie de operaciones del mayor interés para el intérprete. Así, se aventuró en la escritura de literatura ficcional, dando a conocer cuatro novelas; en una de ellas, *Utopia selvagem*, a la que he caracterizado como “distopía catártica”, son especialmente ostensibles los referidos interrogantes abisales y las pinceladas paródico-irónicas. También introdujo ajustes sobre cuestiones específicas; por ejemplo, en relación con sus apreciaciones acerca de los indígenas y sus perspectivas futuras, asunto sobre el que volveré enseguida, dado que involucra un contenido central de *Las Américas y la civilización*. Asimismo, puesto a reflexionar sobre cuestiones complejas, superpuso, diestro *bricoleur*, materiales disímiles, ganando a veces en colorido, intensidad y fuerza persuasiva lo que quizá perdía en consistencia lógica –es ejemplo de ello el uso tan descuidado como estimulante del concepto de “civilización” en *O povo brasileiro*, obra postrera que es preciso integrar en la pentalogía

a condición de no olvidar que fue concluida y publicada casi un cuarto de siglo después de la crisis de la experiencia de la temporalidad.

Volvamos ahora a *Las Américas y la civilización*.

Es probable que la novedad más importante que esta obra introduce sea la tipología de las configuraciones histórico-culturales extraeuropeas que contiene. Explicada en la segunda sección del tercer capítulo de la Primera Parte y vertebradora de las tres partes subsecuentes, la tipología darcyana distingue cuatro categorías o tipos de “pueblos”: testimonio, nuevos, trasplantados y emergentes.

Los pueblos testimonio son los “representantes modernos de las viejas civilizaciones sobre las cuales se abatió la expansión europea”: aquí, Darcy piensa en India, China, Japón, Corea, Indochina, los países islámicos; para el caso americano, en México, Guatemala y el mundo andino. Tras la independencia, esos pueblos no volvieron a su antigua condición, sino que quedaron profundamente transfigurados (más aún en el caso latinoamericano).

Los pueblos nuevos son los “pueblos americanos plasmados en los últimos siglos como subproducto de la expansión europea por la fusión y aculturación de matrices indígenas, negras y europeas”: el ejemplo principal que ofrece es el de Brasil, aunque Colombia, Venezuela, las Antillas, Chile y Paraguay también integran la categoría; a los ojos de Darcy, estos pueblos nuevos anticipan aspectos de los grupos humanos del futuro, cada vez más mestizados y uniformizados. De acuerdo con el Darcy de *Las Américas y la civilización*, no hay pueblos de este tipo en otros ámbitos, ellos sólo están aquí, con lo cual se habilita una conexión poderosa entre América Latina y el futuro de la humanidad.

Los pueblos trasplantados derivan de la implantación de poblaciones europeas de ultramar. En este caso, esas poblaciones conservan sus perfiles étnico-culturales. Menciona los casos de Australia, Nueva Zelanda, Israel, Rhodesia (actual Zimbabue) y Sudáfrica; en América, Canadá, Estados Unidos, Argentina y Uruguay –de acuerdo con Darcy, estos últimos pasaron de ser pueblos nuevos a pueblos trasplantados en virtud de un proceso desencadenado por sus respectivas oligarquías, promotoras de la inmigración masiva.

Por último, los pueblos emergentes son las “naciones nuevas de África y Asia”, cuyas poblaciones ascendían entonces del nivel tribal o de meras factorías a la condición de etnias nacionales. Naciones nuevas “de África y Asia”: en *Las Américas y la civilización*, Darcy aclaraba de manera explícita que no había ejemplos de esta categoría en América, pese a que aquí había habido, y seguía habiendo, numerosas poblaciones que estuvieron/están más

o menos próximas al nivel tribal; Darcy lo explicaba haciendo referencia a la violencia de las dominaciones (colonial y nacional), que habría anulado a dichas poblaciones, diezmándolas o subyugándolas. Orientada por la noción de transfiguración étnica, su mirada sobre los pueblos indígenas se desplegaba entonces bajo el signo del desasosiego: transfiguración étnica funcionaba casi como sinónimo, no de “desaparición”, sino de “disolución” de dichos pueblos (en tanto pueblos con identidades específicas) en el conjunto mayor, y el desasosiego derivaba del hecho de que Darcy apreciaba sinceramente a los indígenas, con quienes había sido feliz.

De manera que las cuatro categorías o tipos darcyanos –de los cuales en nuestro continente hay, según *Las Américas y la civilización*, tres, siendo uno exclusivo– buscan ser expresivos de los distintos resultados generados por la expansión de Europa y su civilización industrial, que reordenó el mundo. Aclara Darcy que las configuraciones no deben confundirse con formaciones económico-sociales ni, tampoco, con entidades actuantes de carácter autónomo. “Significativa e instrumental”, la tipología buscaba dar cuenta de un vasto proceso que llevó a los distintos pueblos del mundo a perder su vieja autonomía para ir quedando subordinados a la civilización de origen europeo, y que, más contemporáneamente, parecía estar conduciéndolos a protagonizar movimientos emancipatorios, tendientes a restituirles, en nuevas condiciones, la autonomía. El horizonte de la “revolución necesaria” ya aludido guarda relación estrecha y precisa con esta perspectiva emancipatoria, restauradora/inauguradora de la autonomía.

Pérdida y recuperación de la autonomía en condiciones nuevas: he ahí, pues, la clave de la dialéctica histórica que despliega Darcy. No olvidemos que en *El proceso civilizatorio* Darcy había distinguido los pueblos protagonistas de las revoluciones tecnológicas de aquellos otros que las asimilan como fruto de la dominación ajena: si los primeros progresan por aceleración evolutiva, los segundos lo hacen por actualización o incorporación. Los pueblos del segundo tipo –decía– son “actualmente” parte del “complejo neocolonial”, integrados al sistema mundial como sociedades subalternas y como culturas espurias y alienadas. El núcleo de la prédica darcyana versaba precisamente sobre la superación de esa condición; su proyecto era que nuestros pueblos recuperasen, en nuevas condiciones, la autonomía perdida y se volvieran protagonistas de su destino. No es que no hubo modernización en Nuestra América: la hubo, pero, dada la heteronomía, se trató de una modernización “refleja”.

En esa etapa, Darcy no estaba pensando tanto en caracterizar la civilización (latino)americana como en estudiar el vínculo entre las Américas y

el proceso civilizatorio, en particular, la revolución tecnológica en ciernes, la termonuclear. El plural “Américas” adelanta bastante sobre la naturaleza bifronte del vínculo: hay una América –la del Norte– que venía progresando por aceleración evolutiva y otra –la nuestra– que lo venía haciendo por actualización o incorporación. La última parte de *Las Américas...* explora las conexiones entre las configuraciones histórico-culturales (los tipos de pueblos) y la problemática del desarrollo. Dos son los núcleos de la argumentación.

En primer lugar, Darcy alude a las dificultades de todos los pueblos extraeuropeos para integrarse de manera orgánica en la civilización industrial moderna. A su juicio, tales dificultades varían según el tipo de configuración histórico-cultural. La situación presenta tintes más dramáticos en el caso de los pueblos testimonio y características especiales en el de los nuevos, aunque para ambos tipos cabe hablar de sociedades primordialmente organizadas como factorías (proletariados externos), y que están marcadas por fuertes barreras oligárquicas e importantes grados de despotismo. En el caso de los pueblos trasplantados hay en principio más facilidades, asociadas a un peso menor de las barreras oligárquicas y a la presencia de instituciones democráticas, rasgos en parte ligados a la inmigración masiva; sin embargo, como lo prueba el diferencial de desarrollo entre los pueblos trasplantados conosureños –Argentina y Uruguay– y los de América del Norte –Estados Unidos y Canadá–, el “trasplante” no es condición suficiente para devenir pueblos protagonistas de las revoluciones tecnológicas y, por tanto, autónomos. El principal argumento ofrecido por Darcy para explicar este contraste no es, por cierto, demasiado original para la época, y tiene que ver con la persistencia del latifundio en los pueblos trasplantados de Nuestra América: tanto en Argentina como en Uruguay, la oligarquía latifundista conservó el monopolio de la tierra; eso no habría sucedido en Estados Unidos ni en Canadá que, tras la independencia, consiguieron dejar atrás su condición heterónoma para comenzar a avanzar por aceleración evolutiva. En un bello retrato-recuerdo de Darcy, Alcira Argumedo evoca que el énfasis darcyano en las similitudes entre Argentina y Estados Unidos fue criticado por los jóvenes que a inicios de la década de 1970 integraban las cátedras nacionales en la Universidad de Buenos Aires. Darcy les respondió: “¡Bandidos! ¡No se puede criticar esta obra maestra!” y, desde entonces, se volvió para ellos una “referencia invalorable”, un “aliado” y un “amigo”.\*

\* Argumedo, Alcira, “Darcy”, en *El ojo mocho* N° 9/10, Buenos Aires, otoño de 1997. La autora alude allí al narcisismo no solemne, desfachatado, de Darcy, y destaca entrañablemente su pasión crítica, su sentido del humor y su intensidad vital.

En segundo lugar, como a Darcy le interesa ante todo transformar una realidad que no lo satisface, piensa a escala, ya no latinoamericana, sino global, buscando entre las distintas formas históricas de ruptura con el atraso, ejemplos inspiradores. Entre los modelos de desarrollo industrial, distingue el capitalista precoz, el capitalista tardío, el capitalista reciente y el socialista. Y menciona una variante sobre la que se detiene con especial interés, a saber: el nacionalismo modernizador. En todos los casos ofrece ejemplos y, en lo que respecta a la última variante mencionada, sostiene que se trata todavía de formas de ruptura parciales, por medio de las cuales ninguna sociedad logró todavía la industrialización plena. Y, pensando concretamente en las experiencias varguista y peronista, hace referencia a sus límites y, también, y esto es muy importante desde el punto de vista de la reflexión sobre la temporalidad que venimos promoviendo, al hecho de que, más allá de su fracaso, ambas robustecieron la conciencia sobre la necesidad de buscar horizontes de mayor autonomía, lo cual inevitablemente supone confrontar con la dominación imperialista y con los factores internos causantes del atraso. En otras palabras, ambas experiencias abrieron un camino que en cualquier momento podrá ser retomado.

La presencia de la conjunción “y” en el mismo título de la obra es sintomática de la focalización en un vínculo. El libro no se titula “Las civilizaciones americanas” o “La civilización latinoamericana”: más que una condición o estatuto de Nuestra América, la civilización, el proceso civilizatorio, son más bien algo que “les sucede” a ambas Américas y, más allá, al mundo todo; a aquel Darcy le interesaba no tanto caracterizar civilizaciones particulares cuanto establecer de qué manera los distintos pueblos se van relacionando con ese proceso. En el conjunto textual de aquellos años –en el cual conviene incluir la Introducción que preparó para el volumen *América Latina en su arquitectura*, coordinado por Roberto Segré para la UNESCO–, la caracterización darcyana de la cultura latinoamericana destaca, más que su riqueza, su condición alienada y espuria.

Muchas de estas disposiciones se vieron afectadas en los años subsiguientes. Por medio de un proceso complejo y más sutil que estentóreo, Darcy pasó a valorar cada vez más aspectos de las culturas brasileña y latinoamericana (a las que hacia 1970 había caracterizado como alienadas y espurias), llegando a verlas como civilizaciones en ciernes. También pasó a considerar, según vimos, a los pueblos indígenas como pueblos emergentes, cuya afirmación era preciso promover. De hecho, en sus últimos años, recibió con alegría la noticia, debida en buena medida a estudios de Mércio Pereira Gomes, según la cual

había indicios de una reversión de la tendencia demográfica descendente entre las tribus amazónicas. Paralelamente, fue dejando de lado las certidumbres asociadas a la idea de que la historia estaba “de nuestro lado”. Casi no volvió a hablar de “revolución necesaria” y sus visiones prospectivas sobre el largo plazo fueron distanciándose de la tematización de un *lieto fine* para dar paso a combinatorias paródico-irónicas, enrarecidas, perplejizantes. Uno de los temas que más le preocupó de cara al futuro fue la dificultad para producir personalidades equilibradas en sociedades postradicionales, y al abordar la cuestión tocó temas como el *ersatz* de sentido implicado en el consumo de drogas y los impactos de las nuevas tecnologías y la posibilidad de contar con seres humanos “de “diseño”. Su prognosis combinaba valoraciones críticas con la noción según el cual para las generaciones venideras podría no ser algo problemático el ser criaturas diseñadas, fruto de un “proyecto”. En todo esto Darcy, en especial el “segundo Darcy”, anticipó muchos de los debates que integran zonas más candentes de la agenda actual. Sin embargo, más allá de estas inquietudes y perplejidades, entre las facetas más atractivas de su itinerario/obra se cuenta el hecho de que nunca dejó de comprometerse ni de ser portador emblemático de una vitalidad sorprendente y de un contagioso entusiasmo.

En relación con su mirada sobre el largo plazo, me interesa poner de relieve que, si bien *El proceso...* y *Las Américas...* comparten el talante optimista (y aquí habría que sumar, pulso de radicalización mediante, *El dilema de América Latina* y los agregados de 1972 a la segunda edición de *Las Américas...*), hay en las páginas de *Las Américas...* un acento particular, asociado a un nombre propio. El acento tiene que ver con la tematización de un *lieto fine* imaginado como el advenimiento de una civilización finalmente humana, donde la Tierra se vuelva el hogar de los hombres reconciliados y liberados de toda miseria, opresión, miedo y racismo; a ese horizonte se accedería gracias a la creatividad intelectual y a la creciente conciencia de los pueblos desheredados, rasgos éstos ligados a las tradiciones de un humanismo que en aquel “hoy” inspiraba más a los pueblos del Tercer mundo que a los del primero –enredado ya en un pathos cínico-escéptico– y a los del segundo –presos de una ortodoxia sofocante. El nombre propio es el de Leopoldo Zea, cuya obra *América en la historia*, publicada en 1957, es referida ocasionalmente a propósito de una alusión a Jean-Paul Sartre–, pero cuyo vocabulario, imágenes y “visión” parecen estar inspirando zonas decisivas de la prognosis darciana, especialmente en lo que concierne a la postulación del mestizaje y del universalismo genuino como horizontes deseables y más o menos inminentes. Esto sucede en *Las Américas...* quizá más que en ninguna otra de sus obras, sobre todo, en el pasaje del apartado I.II.1.B,

que comienza: “Los latinoamericanos son hoy...”, y la rara tensión que se genera con ese otro que le sigue, donde Darcy emplea, en portentoso crescendo, el cuantificador comparativo “más”... Es cierto que bastante de “lo mismo” puede encontrarse aún, reelaborado y sin la articulación con el motivo de la revolución necesaria, en pasajes de *O povo brasileiro* –y entonces, claro, ya no se trata de “lo mismo”–.

Las consideraciones precedentes conducen a que nos preguntemos por los sentidos, alcances y límites de la tipología darcyana. ¿Se trata de una propuesta impresionista, con más valor descriptivo que explicativo? ¿Preserva alguna utilidad? ¿Tiene todavía algo para ofrecernos?

Puestos frente a estos interrogantes resulta posible argumentar en varias direcciones. Una es comenzar recordando el hecho siguiente. En la “Introducción” a su *Extremo Occidente*, invitación al estudio de América Latina publicada casi dos décadas después que *Las Américas y la civilización* y muy leída entre nosotros en la década de 1990, el politólogo francés Alain Rouquié recuperaba la tipología darcyana en su afán de dar con criterios que lo ayudaran a no “pasar por alto” la geografía ni los complejos vínculos entre clima, población y sociedades. Decía Rouquié que Darcy había propuesto “una tipología que no carece de atractivos, aunque se puede reconocer en ella cierta inclinación ideológica [...] [su] clasificación, así jerarquizada, posee cierta lógica y permite comprender más claramente la rosa de los vientos latinoamericana”.\*

Pensando “con” la tipología darcyana, Rouquié sostenía que la distribución regional de los tres componentes de la población americana (indígenas, europeos, afros) permitía identificar las zonas según el “sector dominante”, para aclarar enseguida: “decimos bien ‘sector dominante’ porque las naciones mestizas son las más numerosas y, con frecuencia, en sociedades de población mixta, se yuxtaponen espacios étnicamente homogéneos.” Aunque proponía un par de criterios complementarios (tradicionalidad y homogeneidad) para enriquecer la propuesta de Darcy, lo cierto es que Rouquié no tenía a mano muchas otras clasificaciones capaces de “rivalizar” con ella. Creo que tampoco hoy contamos con muchas alternativas. En su simpleza, esta comprobación es perfectamente indicativa de la pertinencia y la originalidad de la formulación darcyana y, más allá, explicativo de su pregnancia. Agrego que no solamente es la tipología original de Darcy la que puede ayudarnos a comprender mejor, sino que hay que tener también muy presentes los deslizamientos –muchas

\* Rouquié, Alain, *Extremo Occidente: introducción a América Latina* (1987), Daniel Zadunaisky, trad., Buenos Aires, Emecé, 1991, pp. 29-30.

veces tácitos– que fue experimentando su pensamiento después de 1973, a los que hice referencia más arriba: los movimientos son expresivos de complejidades, tensiones y desgarramientos con valor teórico, a la vez que anticipatorios de tramas y debates de tremenda actualidad.

En otras zonas de la mencionada “Introducción”, Rouquié deslizaba anotaciones inspiradas en las consideraciones civilizacionales de Fernand Braudel. Hasta donde he alcanzado a ver, Darcy no conoció los desarrollos braudelianos (que fueron contemporáneos a los suyos) y Rouquié tampoco se detuvo a explorar las posibles intersecciones entre las dos miradas, ya que el objetivo de su libro era otro.

En mi opinión, establecer un diálogo imaginario sistemático entre Darcy y Braudel puede abrir perspectivas promisorias. En *Las civilizaciones actuales*, Braudel dedicó un capítulo a América Latina: sin desconocer su condición neocolonial, agonal y “en ciernes”, la reconoció como una de las civilizaciones del mundo. Más tarde, en *Civilización material, economía y capitalismo*, vertió importantes consideraciones para pensar el desarrollo diferencial de las dos Américas en el contexto más amplio de la expansión europea. ¿Puede haber civilizaciones periféricas, neocoloniales? Provisto de una noción refinada y flexible, no esencialista, de lo que son las civilizaciones (que cabe ir entresacando de distintas zonas de su obra, en particular de la edición revisada de *El Mediterráneo...*), Braudel parecía creer que sí.\*

Del cultivo sistemático del diálogo imaginario entre Darcy y Braudel (al cual podríamos integrar también a otros interlocutores, como el mencionado Zea, o el propio Rouquié, o Immanuel Wallerstein y hasta Samuel P. Huntington o, también, Enrique Dussel y Adolfo Colombres, teniendo especialmente

\* Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1966), trad. de Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, México, FCE, 2002, 2 tomos. De gestación larga, *El Mediterráneo* fue mayormente escrito durante los años de la Segunda Guerra Mundial (en parte en situación de cautiverio), defendido como tesis en 1948 y publicado en 1949. En el “Prólogo a la segunda edición francesa” leemos: “Me he visto obligado, esta vez, a acentuar perspectivas que apenas había esbozado en el primer texto. La economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones, y un estudio demográfico más atento son los puntos que más me han solicitado” (tomo 1, p. 23). Braudel vivió dos temporadas en Brasil y conocía bien las obras de Gilberto Freyre, Jorge Amado, Josué de Castro. Las otras obras de Braudel aludidas son: *Las civilizaciones actuales: estudio de historia económica y social* (1966), Josefina Gómez Mendoza y Gonzalo Anes, trads., Madrid, Tecnos, 1983, y *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (1979), Madrid, Alianza, 1984, 3 tomos. Para el diálogo que vengo proponiendo es clave revisar, dentro de este estudio de dimensiones colosales, el parágrafo: “Las Américas, o la apuesta de las apuestas” (tomo III, cap. V).

presente que este último retomó de manera abierta, desde un ángulo específico, la noción darcyana de “civilización emergente”, volviéndola consigna emblemática)\* cabría extraer argumentos que nos permitan avanzar en la articulación, a mi juicio necesaria, imprescindible, entre el enfoque del sistema-mundo y el enfoque civilizacional. Como en otros casos, aquí también parece recomendable trabajar enfatizando no la contraposición excluyente de las miradas cuanto sus posibles horizontes de complementariedad o, para hacer uso de una expresión elocuente de Paul Ricœur, de eventual “fertilización recíproca”. Por motivos teóricos, por supuesto, pero también por consideraciones éticas y políticas. Difuminado por ahora el horizonte revolucionario, la antigua pero actual (y por eso clásica) pregunta relativa al “qué hacer” para superar la condición heterónoma de nuestras sociedades sin desconocer ni menospreciar sus peculiaridades culturales (civilizacionales), sigue abierta, acuciante y perturbadora. Este libro de Darcy en particular, la pentalogía de estudios de antropología de la civilización en general y, más ampliamente, todo su itinerario/obra, constituyen un formidable estímulo para no eludir el convite implicado en la pregunta, así como una muy bien provista caja de herramientas capaz de ayudarnos en la necesaria tarea de reelaborar nuestras siempre provisionales respuestas.

---

\* Colombes, Adolfo, *América como civilización emergente*, Buenos Aires, Catálogos, 2008.